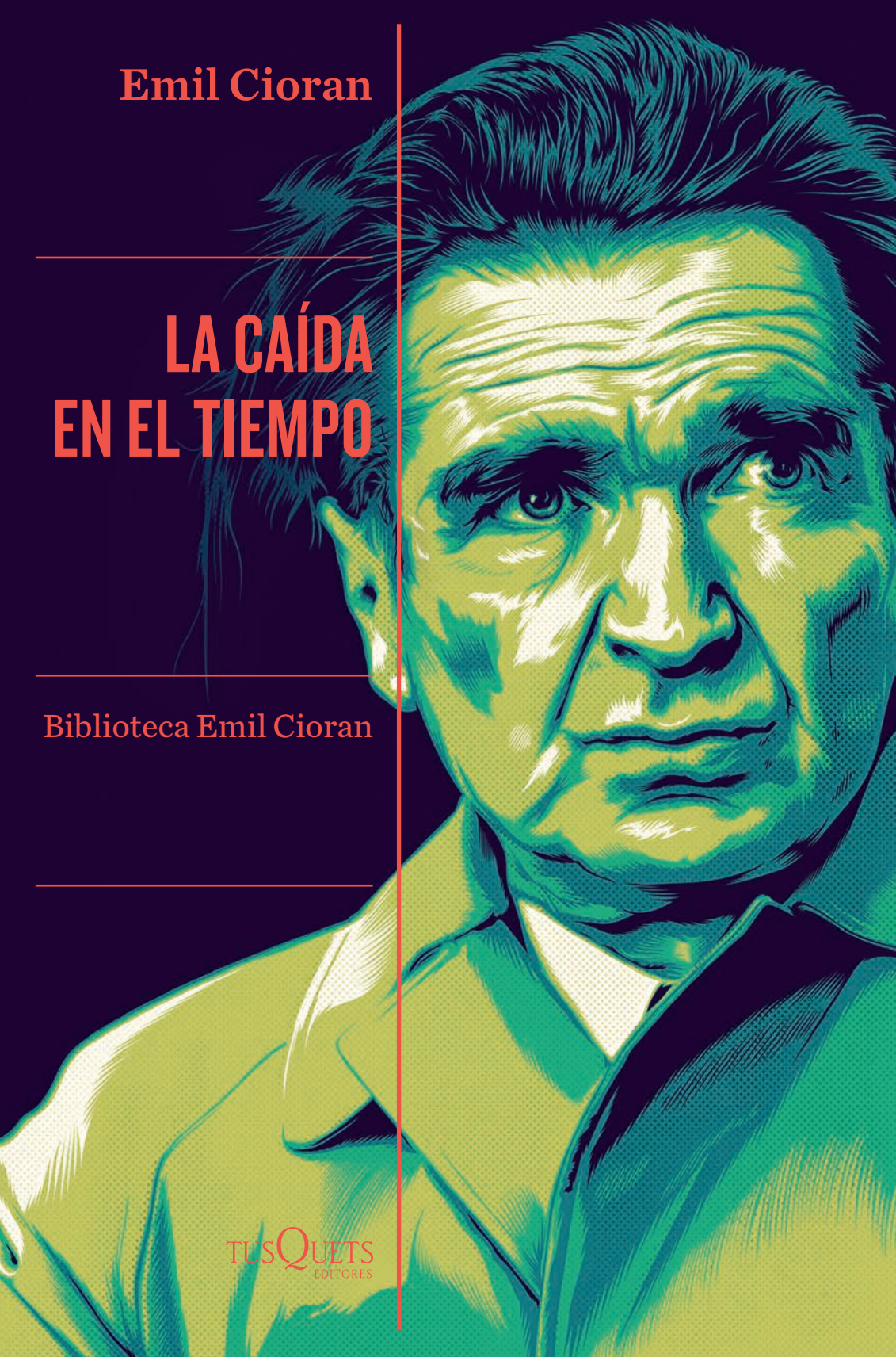


Emil Cioran

LA CAÍDA
EN EL TIEMPO

Biblioteca Emil Cioran

TUSQUETS
EDITORES



Emil Cioran
LA CAÍDA EN EL TIEMPO

Traducción de Carlos Manzano

Titulo original: *La chute dans le temps*

1.^a edición en esta nueva presentación: febrero de 2023

1.^a edición en la colección Marginales: enero de 1993

© Éditions Gallimard, 1994

© de la traducción: Carlos Manzano, 1993

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-235-9

Depósito legal: B. 300-2023

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Unigraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

El árbol de la vida.....	9
Retrato del civilizado	31
El escéptico y el bárbaro	51
¿Es escéptico el demonio?	69
Deseo y horror de la gloria.....	79
Sobre la enfermedad.....	97
El miedo más antiguo (A propósito de Tolstoi) ..	113
Los peligros de la sabiduría	127
Caer del tiempo... ..	145

El árbol de la vida

No es bueno que el hombre recuerde a cada instante que es hombre. Examinarse a sí mismo ya es algo malo; examinar a la especie, con celo de obseso, es aún peor: es atribuir fundamento objetivo y justificación filosófica a las miserias arbitrarias de la introspección. Mientras trituramos nuestro yo, podemos pensar que estamos abandonándonos a una chifladura; en cuanto todos los yoes se convierten en el centro de una cavilación interminable, encontramos generalizados, mediante un rodeo, los inconvenientes de nuestra condición, nuestro accidente erigido en norma, en caso universal.

En primer lugar, comprendemos la anomalía del fenómeno en bruto de la existencia y, solo después, la de nuestra situación específica: el asombro ante el *ser* precede al que se siente ante el hecho de ser *hombre*. Sin embargo, el carácter insólito de nuestro estado debería constituir el dato primordial de nuestras perplejidades: es menos *natural* ser hombre que ser simplemente. Es algo que sentimos de forma instintiva y explica la voluptuosidad que experimentamos en todas las ocasiones en que apartamos de nuestra mente a nosotros mismos para identificarnos con el biena-

venturado sueño de los objetos. No somos realmente quienes somos sino cuando, cara a cara con nosotros mismos, no coincidimos con nada, ni siquiera con nuestra singularidad. La maldición que nos abrumba pesaba ya sobre nuestro primer antepasado, mucho antes de que se interesara por el árbol del conocimiento. Si estaba insatisfecho de sí mismo, más lo estaba aún de Dios, al que envidiaba sin ser consciente de ello; llegaría a serlo gracias a los buenos oficios del tentador, auxiliar más que autor de su ruina. Antes vivía con el presentimiento del saber, con una ciencia que no se conocía a sí misma, con una *falsa* inocencia, propicia a la aparición de la envidia, vicio engendrado por el trato con quienes son más afortunados; ahora bien, nuestro antepasado frecuentaba a Dios, lo espiaba y se veía espiado por Él. Nada bueno podía resultar de ello.

«De todos los árboles del huerto del Edén puedes comer, mas no del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el día en que lo hicieres morirás.» La advertencia de arriba resultó menos eficaz que las sugerencias de abajo: la serpiente, mejor psicólogo, prevaleció. Por lo demás, el hombre estaba deseando morir; al querer igualar a su Creador por el saber, no por la inmortalidad, no tenía el menor deseo de acercarse al árbol de la vida, no sentía el menor interés por él; Yahvé pareció advertirlo, puesto que ni siquiera le prohibió el acceso: ¿por qué temer la inmortalidad de un *ignorante*? Si el ignorante se lanzaba sobre los dos árboles y entraba en posesión de la eternidad y también de la ciencia, todo cambiaba. En cuanto Adán probó el fruto prohibido, Dios, al comprender

por fin que había peligro, perdió la cabeza. Al colocar el árbol del conocimiento en el centro del jardín y alabar sus méritos y sobre todo sus peligros, cometió una grave imprudencia: se adelantó a satisfacer el deseo más secreto de la criatura. Prohibirle el *otro* árbol habría sido una política mejor. Si no lo hizo fue porque seguramente sabía que el hombre, por aspirar solapadamente a la dignidad de monstruo, no se dejaría seducir por la perspectiva de la inmortalidad *en sí*, demasiado accesible, demasiado trivial: ¿acaso no era la ley, el estatuto del lugar? En cambio, la muerte, mucho más pintoresca y aureolada con el prestigio de la novedad, podía intrigar a un aventurero, dispuesto a arriesgar por ella su paz y su seguridad. Paz y seguridad bastante relativas, cierto es, pues el relato de la caída nos permite vislumbrar que en el centro mismo del Edén el promotor de nuestra raza debía de sentir un *malestar* sin el cual no se podría explicar la facilidad con la que cedió a la tentación. ¿Cedió? Más bien la requirió. En él se manifestaba ya esa ineptitud para la felicidad, esa incapacidad para soportarla, que todos nosotros hemos heredado. La tenía al alcance de la mano, podía apropiársela para siempre y la rechazó, y desde entonces la buscamos sin encontrarla; aunque la encontráramos, no nos adaptaríamos a ella. ¿Qué otra cosa cabe esperar de una carrera comenzada con una infracción de la sabiduría, una infidelidad al *don de la ignorancia* que el Creador nos había dispensado? Al tiempo que nos vimos precipitados en el tiempo por el saber, resultamos dotados de un destino. Pues solo fuera del Paraíso hay destino.

Si nos viéramos desposeídos de una inocencia completa, total, en una palabra, *verdadera*, la echaríamos de menos con tal vehemencia, que nada podría prevalecer contra nuestro deseo de recuperarla; pero el veneno estaba ya dentro de nosotros, al comienzo, poco perceptible aún, y después se precisaría y se apoderaría de nosotros para marcarnos, individualizarnos por siempre jamás. Esos momentos en que una negatividad esencial dirige nuestros actos y nuestros pensamientos, en que el porvenir ha quedado anticuado antes de nacer, en que una sangre devastada nos inflige la certidumbre de un universo de misterios despoetizados, loco de anemia, desplomado sobre sí mismo, y en el que todo acaba en un suspiro espectral, réplica a milenios de adversidades inútiles, ¿no serían la prolongación y la agravación de ese malestar inicial sin el cual la Historia no habría sido posible, ni concebible siquiera, ya que, como ella, se debe a la intolerancia para con la menor forma de beatitud estacionaria? Esa intolerancia, ese horror mismo, al impedirnos encontrar en nosotros nuestra razón de ser, nos hizo dar un salto fuera de nuestra identidad y fuera de nuestra naturaleza. Al estar disociados de nosotros mismos, nos faltaba estarlo de Dios: ¿cómo no abrigar semejante ambición, concebida ya en la inocencia de antaño, ahora que no tenemos obligación alguna para con él? Y, de hecho, todos nuestros esfuerzos y conocimientos van encaminados a menoscabarlo, lo ponen en entredicho, hacen mella en su intimidad. Cuanto más presa somos del deseo de conocer, cargado de perversidad y corrupción, más incapaces nos vuelve de morar *dentro* de realidad

alguna. Quien es presa de él actúa como profanador, traidor, agente de disolución; pese a estar siempre al margen o fuera de las cosas, cuando logra, sin embargo, introducirse en ellas, lo hace al modo del gusano en la fruta. Si el hombre hubiera tenido la menor vocación hacia la eternidad, en lugar de correr hacia lo desconocido, hacia lo nuevo, hacia los estragos que entraña el apetito de análisis, se habría contentado con Dios, en cuya familiaridad prosperaba. Aspiró a emanciparse de Él, a desprenderse de Él, y lo logró mucho mejor de lo que esperaba. Tras haber roto la unidad del Paraíso, se dedicó a romper la de la Tierra introduciendo en ella un principio de fragmentación que debía destruir su ordenación y anonimato. Antes, moría a buen seguro, pero la muerte, realización en la indistinción primitiva, no tenía para él el sentido que adquirió posteriormente ni estaba dotada de los atributos de lo irreparable. Cuando, tras separarse del Creador y de lo creado, se convirtió en *individuo*, es decir, fractura y fisura del ser, y, al aceptar su nombre hasta la provocación, supo que era mortal, su orgullo se acrecentó, de resultas de ello, tanto como su desasosiego. Por fin moría a su modo, de lo que se sentía orgulloso, pero moría del todo, cosa que lo humillaba. Al no desear ya un desenlace que había anhelado con avidez, acabó recurriendo, presa del arrepentimiento, a los animales, sus compañeros de antaño: todos ellos, tanto los más viles como los más nobles, aceptan su suerte, se complacen con ella o se resignan a ella; ninguno de ellos siguió su ejemplo ni imitó su rebelión. Las plantas, más que los animales, experimentan júbilo por haber sido creadas: la propia

ortiga respira aún en Dios y se abandona a Él; solo el hombre se ahoga en Él, ¿y acaso no fue esa sensación de sofoco la que lo incitó a singularizarse en la Creación, a hacer en ella de proscrito consintiente, de réprobo voluntario? El resto de los seres vivos, por el hecho mismo de confundirse con su condición, tienen cierta superioridad sobre Él. Y cuando siente envidia de ellos, cuando suspira por su gloria impersonal, es cuando comprende la gravedad de su caso. En vano intentará recuperar la vida, de la que huyó por curiosidad hacia la muerte: nunca se encontrará en armonía con ella, siempre más acá o más allá de ella. Cuanto más lo elude aquella, más aspira él a apropiársela y subyugarla; entonces, al no lograrlo, moviliza todos los recursos de su inquieta y torturada voluntad, su único apoyo: inadaptado y extenuado y, sin embargo, infatigable, sin raíces, conquistador precisamente por estar desarraigado, nómada aterrado e indómito a un tiempo, ansioso de remediar sus insuficiencias y, en vista del fracaso, violentador de todo cuanto lo rodea, ser devastador que acumula fechoría tras fechoría por rabia de ver que un insecto obtiene sin dificultad lo que él no podría lograr con tantos esfuerzos. Por haber perdido el secreto de la vida y haber dado un rodeo demasiado grande para poder recuperarlo y aprenderlo de nuevo, se aleja todos los días un poco más de su antigua inocencia, pierde sin cesar la eternidad. Tal vez pudiera salvarse aún, si se dignase rivalizar con Dios solo en sutileza, en matices, en discernimiento, pero no: aspira al mismo grado de poder. Tanta soberbia no podía nacer sino en la mente de un degenerado, dotado de una carga de

existencia limitada, obligado por sus deficiencias a aumentar artificialmente sus medios de acción y suplir sus instintos en peligro con instrumentos aptos para volverlo temible. Y, si ha llegado a ser efectivamente temible, ha sido porque su capacidad para degenerar no conoce límites. En lugar de limitarse al sílex y, en materia de refinamientos técnicos, a la carretilla, inventa y maneja con una destreza de demonio herramientas que proclaman la extraña supremacía de un deficiente, de un espécimen biológicamente desclasado, cuya elevación hasta una nocividad tan ingeniosa nadie habría podido adivinar. No es él, sino el león o el tigre, quien debería haber ocupado el lugar que disfruta en la escala de las criaturas. Pero nunca son los fuertes quienes aspiran al poder y lo alcanzan mediante el efecto combinado de la astucia y el delirio, sino los débiles. Una fiera, al no experimentar necesidad alguna de aumentar su fuerza, que es real, no se rebaja a utilizar la herramienta. Por haber sido siempre el hombre en todo un animal *anormal*, poco dotado para subsistir y afirmarse, violento por debilidad y no por vigor, intratable a partir de una posición de debilidad, agresivo a causa de su propia inadaptación, había de buscar los medios para un éxito que no habría podido realizar ni imaginar siquiera si su constitución hubiese respondido a los imperativos de la lucha por la existencia. Si en todo exagera, si la hipérbole es en él necesidad vital, es porque, estando descentrado y desembridado al comienzo, no pudo fijarse a lo que *es* ni comprobar o sufrir lo real sin querer transformarlo y extremarlo. Por su carencia de tacto, de esa ciencia *innata* de la vida, su in-

capacidad, además, para discernir lo absoluto en lo inmediato, aparece, en el conjunto de la naturaleza, como un episodio, una digresión, una herejía, un aguafiestas, un extravagante, un extraviado que lo ha complicado todo, incluso su miedo, que, al agravarse, ha llegado a ser en su caso miedo de sí mismo, espanto ante su suerte de reventado, seducido por lo tremendo, víctima de una fatalidad que intimidaría a un dios. Como lo trágico es su privilegio, no puede por menos de sentir que tiene más *destino* que su Creador; eso explica su orgullo, y su pavor, y esa necesidad de huir de sí mismo y producir para eludir su pánico, para evitar el encuentro consigo mismo. Prefiere abandonarse a los actos, pero, al entregarse a ellos, no hace en realidad sino obedecer a las conminaciones de un miedo que lo subleva y lo azota y lo paralizaría si intentara reflexionar sobre él y tomar conciencia clara de él. Cuando parece dirigirse, aplacado, hacia lo inerte, dicho miedo vuelve a resurgir y a destruir su equilibrio. El propio malestar que experimentaba en medio del Paraíso tal vez no fuera sino un miedo *virtual*, inicio, esbozo de «alma». No hay medio posible de vivir a la vez con la ciencia y el miedo, sobre todo cuando este último es sed de tormentos, apertura a lo funesto, ansia de lo desconocido. Cultivamos el estremecimiento en sí mismo, contamos con lo nocivo, el peligro puro, a diferencia de los animales, que *gustan* de temblar solo ante un peligro preciso, único momento, por lo demás, en que, deslizándose hacia lo humano y abandonándose a ello, se parecen a nosotros; el miedo —especie de corriente psíquica que atravesase de repente la materia tanto

para vivificarla como para desorganizarla— aparece como una prefiguración, como una posibilidad de conciencia, como la conciencia incluso de los seres que carecen de ella... Hasta tal punto nos define, que ya no podemos advertir su presencia, salvo cuando cede o se retira, en esos intervalos serenos, impregnados, no obstante, de él y que reducen la felicidad a una ansiedad grata, agradable. El miedo, auxiliar del porvenir, nos estimula y, al impedirnos vivir al unísono con nosotros mismos, nos obliga a afirmarnos *mediante la huida*. En vista de ello, nadie que quisiera actuar podría prescindir de él; solo el liberado se libra de él y festeja un doble triunfo: sobre él y sobre sí; es porque ha abdicado de su condición y su tarea de hombre y ya no participa en esa adoración cargada de terror, en ese galope a través de los siglos, que nos impuso una forma de espanto cuyo objeto y causa somos en definitiva.

Si Dios pudo afirmar que era «el que es», el hombre, en el extremo opuesto, podría definirse como «el que no es». Y esa carencia, ese déficit de existencia es precisamente el que, al despertar por reacción su altanería, lo incita al desafío o la ferocidad. Tras haber desertado de sus orígenes, haber trocado la eternidad por el porvenir, haber maltratado la vida proyectando en ella su joven demencia, sale del anonimato mediante una sucesión de negaciones que lo convierten en el gran *tránsfuga del ser*. Como ejemplo de antinaturalidad que es, su aislamiento solo es comparable a su precariedad. Lo inorgánico se basta a sí mismo; lo orgánico es dependiente, inestable y está amenazado; lo consciente es la quintaesencia de la caducidad. An-

taño gozábamos de todo, salvo de la conciencia; ahora que la tenemos, que nos vemos acosados por ella y se perfila ante nosotros como los antípodas exactos de la inocencia primordial, no logramos ni aceptarla ni abjurar de ella. Encontrar en cualquier lugar más realidad que en uno mismo es reconocer que se ha seguido un camino equivocado y que se merece la ruina.

El hombre, diletante, pese a todo, en el Paraíso, dejó de serlo en cuanto se vio expulsado de él: ¿acaso no se lanzó al instante a la conquista de la Tierra con una seriedad y una aplicación de las que no parecía capaz? Sin embargo, lleva en él y sobre él algo irreal, no terrestre, que se revela en las pausas de su febrilidad. A fuerza de vaguedad y equívoco, es de aquí y no es de aquí. ¿Acaso no percibimos en su mirada—cuando lo observamos durante sus ausencias, en los momentos en que su marcha aminora o suspende su carrera— la desesperación o el remordimiento de haber arruinado no solo su primera patria, sino también ese exilio que con tanta impaciencia y avidez anhelaba? Es una sombra enfrentada con simulacros, un sonámbulo que *se ve* caminar, que contempla sus movimientos sin discernir su dirección ni su razón. La forma de saber por la que ha optado es una acometida, un pecado, si se quiere, una indiscreción criminal para con la Creación, que ha reducido a un montón de objetos ante los cuales se alza, se eleva como destructor, dignidad que sostiene por bravata más que por valor, como lo demuestra la expresión de desconcierto que tuvo ya, cuando se le planteó la cuestión de la fruta; de resultas de ella, se sintió solo en medio del

Edén e iba a sentirse aún más solo en medio de la Tierra, donde, a causa de la maldición especial que lo afecta, debía constituir «un imperio dentro de un imperio». Con su clarividencia e insensatez, resulta incomparable: como auténtica alteración de las leyes de la naturaleza que es, nada permitía prever su aparición. ¿Acaso era *necesario*, él, que es más deforme en lo moral de lo que lo eran los dinosaurios en lo físico? Al examinarlo, al estudiarlo sin predisposición, se comprende por qué no se lo puede hacer objeto de reflexión impunemente. El explayamiento de un monstruo sobre otro monstruo resulta doblemente monstruoso: *olvidar* al hombre, y hasta la idea que encarna, debería constituir el preámbulo de toda terapéutica. La salvación se debe al ser, no a los seres, pues nadie se cura en contacto con sus males.

Si la humanidad se apegó durante tanto tiempo a lo absoluto, fue porque no podía encontrar en sí misma un principio de salud. La transcendencia presenta virtudes curativas: sea cual fuere el disfraz con el que se presente, un dios significa un paso hacia la curación. Hasta el diablo representa para nosotros un recurso más eficaz que nuestros semejantes. Éramos más *sanos* cuando, al implorar o execrar a una fuerza que nos sobrepasaba, podíamos utilizar sin ironía la oración y la blasfemia. Desde que nos vimos condenados a atenernos a nosotros mismos, se acentuó nuestro desequilibrio. Librarse de la obsesión de sí: no hay imperativo más urgente. Pero ¿puede un lisiado abstraerse de su dolencia, del vicio mismo de su esencia? Por estar elevados al rango de incurables, somos materia lastimada, carne aullante, huesos roídos de

gritos, y nuestros propios silencios no son sino lamentaciones ahogadas. Sufrimos, nosotros solos, mucho más que el resto de los seres y nuestro tormento, al invadir la realidad, la substituye y ocupa su lugar, de modo que quien sufriera absolutamente sería absolutamente consciente y, por tanto, totalmente culpable respecto de lo inmediato y lo real, términos correlativos por las mismas razones que lo son sufrimiento y conciencia.

Y precisamente porque nuestros males superan en número y virulencia a los de todas las criaturas reunidas es por lo que los sabios se esfuerzan por enseñarnos la impasibilidad hasta la que logran elevarse tan poco como nosotros. Nadie puede jactarse de haber encontrado a uno solo que fuera perfecto, mientras que nos codeamos con toda clase de extremos para el bien y para el mal: exaltados, desollados, a veces santos... Por haber nacido en virtud de un acto de insubordinación y rechazo, estábamos mal preparados para la indiferencia. Después intervino el saber para volvemos totalmente ineptos para ella. El principal reproche que hay que formular contra él es el de que no nos ha ayudado a vivir. Pero ¿acaso era realmente esa su función? ¿Es que no recurrimos a él para que nos confirmara nuestros designios perniciosos, para que favoreciese nuestros sueños de poder y negación? El animal más inmundo *vive*, en cierto sentido, mejor que nosotros. Sin necesidad de ir a buscar fórmulas de sabiduría en las cloacas, ¿cómo no reconocer las ventajas que tiene sobre nosotros una rata, justamente porque es rata y nada más? Como diferentes que somos siempre, no somos

nosotros mismos sino en la medida en que nos alejamos de nuestra definición, pues el hombre, según la expresión de Nietzsche, es *das noch nicht festgestellte Tier*, el animal sin tipo determinado, fijado. Obnubilados por la metamorfosis, por lo posible, por el disimulo inminente de nosotros mismos, acumulamos irrealidad y nos expansionamos en la falsedad, pues, desde el momento en que sabes que eres hombre y te sientes tal, aspiras al gigantismo, quieres parecer mayor de lo normal. El animal racional es el único animal extraviado, el único que, en lugar de persistir en su condición primera, se esforzó por forjarse otra, en detrimento de sus intereses y como por impiedad para con su propia imagen. Por ser menos inquietante que descontento (la inquietud exige una salida, acaba en la resignación), se complace en una insatisfacción que raya en el vértigo. Al no asimilarse nunca enteramente a sí mismo ni al mundo, en esa parte a la que repugna identificarse con lo que siente o emprende, en esa zona de ausencia, en ese hiato entre él y sí mismo, entre sí mismo y el universo, se revela su originalidad y se ejerce su facultad de no coincidencia, que lo mantiene en un estado de *insinceridad* —legítimo— para con los seres, pero también —no tan legítimo— para con las cosas. Por ser doble en su origen, crispado y tenso, su duplicidad, su crispación y su tensión se derivan aún de su falta de existencia, de su deficiencia de substancia, que lo condena a los excesos de la voluntad. Cuanto más se *es*, menos se *quiere*. El no ser en nosotros, nuestra debilidad y nuestra inadaptación, nos precipitan hacia el acto. Y el hombre, el débil e inadaptado por excelencia, tie-

ne por prerrogativa y desgracia las de imponerse tareas inconmensurables con sus fuerzas, las de caer presa de la voluntad, estigma de su imperfección, medio seguro de afirmarse y hundirse...

En lugar de procurar encontrarse, dar consigo mismo, con su fondo intemporal, dirigió sus facultades hacia el exterior, hacia la Historia. Si las hubiera interiorizado, si hubiese modificado su ejercicio y dirección, habría logrado garantizar su salvación. Pero ¡es que hizo un descomunal esfuerzo opuesto al que exige la adhesión al tiempo! Se gasta tanta energía para salvarse como para perderse. Al perderse, prueba que, si bien estaba predispuesto al fracaso, tenía la fuerza necesaria para librarse de él, a condición, sin embargo, de que rechazara las maniobras del porvenir. Pero, en cuanto conoció su seducción, se abandonó a ella, se sintió embriagado por ella: estado de gracia a base de ebriedad que solo se obtiene mediante la aceptación de la irrealidad. Todo lo que emprendió desde entonces se caracterizó por el acostumbamiento a lo insubstancial, la ilusión adquirida, la costumbre de considerar existente lo que no lo es. Por estar especializado en apariencias y ejercitado en naderías (¿sobre qué y mediante qué otra cosa podría satisfacer su sed de dominación?), amasa conocimientos que son el reflejo de ellas, pero no tiene el menor conocimiento auténtico: como su falsa ciencia, réplica de su falsa inocencia, lo desvían del absoluto, nada de lo que sabe merece ser sabido. La antinomia entre pensar y meditar, entre saltar de un problema a otro y profundizar en un único y mismo problema, es completa. Mediante la meditación no se

comprende la inanidad de lo diverso y lo accidental, del pasado y el porvenir, sino para precipitarse mejor en el instante sin límites. Es mil veces preferible hacer voto de locura o destruirse en Dios que prosperar gracias a simulacros. Una oración inarticulada, repetida interiormente hasta el agotamiento o el orgasmo, pesa más que una idea, que todas las ideas. Hacer prospecciones en cualquier mundo, salvo en este, sumirse en un himno silencioso a la vacuidad, lanzarse al aprendizaje de *las otras latitudes*...

Conocer verdaderamente es conocer lo *esencial*, internarse en ello, penetrarlo con la mirada y no con el análisis ni con la palabra. Ese animal charlatán, alborotador, atronador, que se encuentra exultante en el estrépito (el *ruido* es la consecuencia directa del pecado original), debería quedar reducido al mutismo, pues, si vuelve a pactar con las palabras, nunca se aproximará a las fuentes invioladas de la vida. Y, mientras no se haya librado de un saber metafísicamente *superficial*, perseverará en esa falsificación de la existencia en la que carece de asiento, de consistencia, y en la que todo carece de fundamento. A medida que dilapida su ser, empieza a desear lo que supera sus recursos, desea con desesperación, con furia, y, cuando haya agotado la apariencia de realidad con la que cuenta, deseará con mayor apasionamiento aún, hasta la aniquilación o el ridículo. Como incapaz para vivir que es, finge la vida; esa es la razón por la que, como su culto de lo inminente raya en el éxtasis, desmaya ante lo que ignora, busca y teme, ante el instante que espera, en el que abriga la esperanza de existir y en el que existirá tan poco como en el anterior.

Quienes viven en la idolatría del mañana carecen del menor porvenir. Tras haber despojado el presente de su dimensión eterna, no les queda sino la voluntad, su gran recurso... y su gran castigo.

El hombre corresponde a órdenes incompatibles, contradictorios, y nuestra especie, en lo que tiene de única, se sitúa como fuera de los reinos. Aunque exteriormente tengamos todo lo propio del animal y nada de la divinidad, la teología explica mejor nuestro estado que la zoología. Dios es una anomalía; el animal no lo es; ahora bien, nosotros, como Dios, nos oponemos al tipo, existimos por nuestras irreductibilidades. Cuanto más al margen de las cosas estamos, mejor comprendemos a quien está al margen de todo; tal vez incluso no comprendamos bien sino a él... Su caso nos gusta y nos fascina y su anomalía, que es *suma*, se nos manifiesta como la consumación, la expresión ideal de la nuestra. Sin embargo, nuestras relaciones con él son turbias: al no poder amarlo sin equívoco ni reservas mentales, lo interrogamos, lo abrumamos con nuestras interrogaciones. El saber, erigido sobre las ruinas de la contemplación, nos ha alejado de la unión esencial, de la mirada trascendente que anula el asombro y el problema.

Al margen de Dios, del mundo y de sí, ¡siempre al margen! Se es tanto más hombre cuanto mejor se siente esa paradoja, se piensa en ella y se advierte el carácter no evidente que presenta nuestro destino; pues resulta *increíble* que se pueda ser hombre... que se disponga de mil rostros y de ninguno y que se cambie de identidad a cada instante sin por ello eliminar

la degradación. Disociados como estamos de lo real, de nosotros mismos, ¿cómo podríamos fiarnos de nosotros ni de los demás? Si los puros y los ingenuos se nos parecen tan poco, si no pertenecen a nuestra raza, es porque, en lugar de alcanzar su *plenitud*, deben abandonarse a sí mismos, han permanecido a medio camino entre el Paraíso y la Historia.

El hombre, obra de un virtuoso del fracaso, ha resultado seguramente malogrado, pero de forma magistral. Es extraordinario hasta en su mediocridad, prestigioso incluso cuando lo detestamos. A medida que reflexionamos sobre él, concebimos, pese a todo, que el Creador se «afligiera en su corazón» por haberlo creado. Compartamos su decepción sin exagerarla, sin caer en el hastío, sentimiento que solo nos revela las apariencias de la criatura y no lo profundo, lo suprahistórico, lo *positivamente* irreal y no terrestre, lo refractario a las ficciones del árbol del conocimiento del bien y del mal, que en ella hay. Ficciones porque, en cuanto consideramos bueno o malo un acto, deja de formar parte de nuestra substancia y pasa a serlo de ese ser sobreañadido que nos ha otorgado el saber, causa de nuestro deslizamiento fuera de lo inmediato, fuera de lo vivido. Calificar, *nombrar* los actos, es rendirse a la manía de expresar opiniones; ahora bien, las opiniones son, como dijo un sabio, «tumores» que destruyen la integridad de nuestra naturaleza y la propia naturaleza. Si pudiéramos abstenemos de emitir las, entraríamos en la verdadera inocencia y, quemando las etapas *hacia atrás*, mediante una regresión saludable, renaceríamos bajo el árbol de la vida. Enredados como estamos en nuestras evaluaciones, y

más dispuestos a privarnos de agua y de pan que del bien y del mal, ¿cómo recuperar nuestros orígenes? ¿Cómo tener aún vínculos directos con el ser? Hemos pecado contra él y solo comprendemos el sentido de la Historia, resultado de nuestro extravío, si la consideramos una larga expiación, un arrepentimiento jadeante, una carrera en la que destacamos *sin creer en nuestros pasos*. Por ser más rápidos que el tiempo, lo superamos, a la par que imitamos su impostura y sus obras. Asimismo, en competición con Dios, imitamos sus facetas equívocas, su faceta demiúrgica, esa parte de Él que lo movió a crear, a concebir una obra que habría de empobrecerlo, disminuirlo, precipitarlo en una *caída*, prefiguración de la nuestra. Comenzada la empresa, nos dejó la tarea de rematarla y después volvió a entrar en sí mismo, en su eterna apatía, de la que no debería haber salido jamás. Puesto que su juicio al respecto fue diferente, ¿qué esperar de nosotros? La imposibilidad de abstenerse, la obsesión por hacer, denota, en todos los niveles, la presencia de un principio demoníaco. Cuando nos sentimos inclinados a la exageración, a la desmesura, al *gesto*, seguimos, más o menos conscientes, a quien, al precipitarse sobre el no ser para extraer de él el ser y entregárnoslo, se convirtió en instigador de nuestras futuras usurpaciones. Debe de existir en Él una luz funesta que armoniza con nuestras tinieblas. La Historia, reflejo en el tiempo de esa claridad maldita, manifiesta y prolonga la dimensión no divina de la divinidad.

Por estar emparentados con Dios, sería impropio que lo tratáramos como a un extraño, además de que nuestra soledad, en escala más modesta, evoca la

suya. Pero, por modesta que sea, no deja de aplastarnos: ¿dónde refugiarnos, pues, cuando cae sobre nosotros como un castigo y exige capacidades, talentos sobrenaturales, para soportarla, sino junto a quien, exceptuando el episodio de la Creación, siempre estuvo separado de todo? El que está solo se dirige hacia el que está más solo, hacia *el* solo, hacia aquel cuyas facetas negativas siguen siendo, después de la aventura del saber, lo único que nos ha correspondido. No habría sido así si nos hubiéramos inclinado hacia la Vida. Entonces habríamos conocido otra faz de la divinidad y tal vez hoy, envueltos en una luz pura, no mancillada por tinieblas ni elemento diabólico alguno, estaríamos tan carentes de curiosidad y tan exentos de muerte como los ángeles.

Por no haber estado a la altura de las circunstancias en nuestros comienzos, corremos, huimos hacia el porvenir. ¿No se deberán nuestra avidez y nuestro frenesí al remordimiento de haber pasado *de largo* ante la inocencia verdadera, cuyo recuerdo ha de perseguirnos por fuerza? Pese a nuestra precipitación y a la competencia que hacemos al tiempo, no podríamos ahogar las llamadas surgidas de las profundidades de nuestra memoria marcada por la imagen del Paraíso, del verdadero, que no es el del árbol de la ciencia, sino el del árbol de la vida, cuyo camino, en represalia por la transgresión de Adán, iba a estar guardado por querubines con la «espada giratoria». Solo él vale la pena de ser reconquistado, solo él merece el esfuerzo de nuestro arrepentimiento. Y también es él el que menciona el Apocalipsis (2,7) para prometerlo a los «victoriosos», aquellos cuyo fervor

no haya vacilado nunca. Por eso, solo figura en los libros primero y último de la Biblia, como un símbolo a la vez del comienzo y del fin de los tiempos.

Si el hombre no está próximo a abdicar o a reconsiderar su caso es porque aún no ha sacado las últimas consecuencias del saber y del poder. Convencido de que su momento llegará, de que le corresponde alcanzar a Dios y superarlo, se apega —como *envidioso* que es— a la idea de la evolución, como si el hecho de *avanzar* debiera conducirlo necesariamente hasta el más alto grado de perfección. Al querer ser otro, acabará por no ser nada; no es ya nada. Seguramente evoluciona, pero *contra sí* mismo, a expensas de sí, hacia una complejidad que lo arruina. Porvenir y progreso son conceptos en apariencia vecinos, divergentes en realidad. Todo cambia, claro está, pero raras veces, por no decir jamás, para mejorar. La fe en la evolución, en la identidad del porvenir y del progreso, desviación eufórica del malestar original, de esa falsa inocencia que despertó el deseo de lo nuevo en nuestro antepasado, no se derrumbará hasta que, tras llegar al límite, al extremo de su extravío, el hombre, inclinado por fin hacia el saber que conduce a la liberación y no al poder, esté en condiciones de oponer irrevocablemente un *no* a sus hazañas y a su obra. De seguir aferrándose a ella, no cabe duda de que entrará entonces en una carrera de dios grotesco o animal anticuado, solución tan cómoda como degradante, etapa última de su infidelidad para consigo mismo. Cualquiera que sea la opción hacia la que se oriente, y aunque no haya agotado todas las virtudes de su degradación, ha caído, no obstante, tan bajo, que

cuesta comprender por qué no reza sin cesar hasta la extinción de su voz y su razón.

Puesto que todo lo que se ha concebido y emprendido desde Adán es o equívoco o peligroso o inútil, ¿qué hacer? ¿Desolidarizarse de la especie? Eso sería olvidar que nunca se es hombre tanto como cuando se lamenta serlo. Y, una vez que se es presa de esa pesadumbre, no hay medio de eludirla: se vuelve tan inevitable y pesada como el aire... Ciertamente es que la mayoría respira sin darse cuenta de ello, sin pensarlo; si un día le falta el aliento, verá como la atormentará a cada instante el aire, convertido de repente en problema. Desgraciados los que *saben* que respiran, desgraciados aún más quienes saben que son hombres. Imposibilitados para pensar en otra cosa, cavilarán sobre ello toda su vida, obsesionados, oprimidos. Pero merecen su tormento por haber buscado —movidos por su afición a lo insoluble— un tema torturador, un tema sin fin. El *hombre* no les dará un momento de tregua, el hombre tiene todavía camino que recorrer... Y, como avanza en virtud de la ilusión adquirida, para detenerse sería necesario que la ilusión se desmoronara y desapareciera; pero, mientras él siga siendo cómplice del tiempo, es indestructible.